

# Por qué no escriben textos los estudiantes? (Parte I)

J. Guillermo Domínguez Y.  
Escuela de Ciencias de la Educación, Universidad La Salle  
E-mail: <dodoyg56@ulsa.edu.mx>

Recibido: Enero de 2002. Aceptado: Febrero de 2002.

## INTRODUCCIÓN

Es muy frecuente escuchar a maestros de las instituciones de educación superior, públicas y privadas, decir que los alumnos son incapaces de escribir coherentemente un texto largo. Que no hacen notas, ni apuntes, resúmenes o diarios personales, que no dominan la elaboración de reportes de lecturas, ni la reseña de libros y artículos, tampoco la redacción de poemas, cuentos o la escritura de ensayos, menos la composición de trabajos científicos que impliquen cierta originalidad, congruencia lógica, metodológica, claridad, elegancia, reflexión personal, análisis, pertinencia y belleza.

Que no son *escritores competentes* por no dominar los componentes básicos de la expresión escrita: el código de la escritura y la composición del texto. No destacan en el manejo de la gramática, la ortografía y la sintaxis, indispensables en el recurso de componer un texto: de saber generar, desarrollar, expresar, revisar y redactar determinadas ideas adecuadamente.

Las razones del por qué se ha abandonado el aprendizaje de la composición de textos escritos suelen ser múltiples. Algunas están ligadas a la insuficiencia en el dominio del lenguaje, al desconocimiento de métodos, de teorías, de reglas y elementos básicos de la redacción; otras, a las carencias familiares, sociales y culturales; pero las más obedecen al *desastre* en que se encuentra inmerso el sistema educativo mexicano por estar abandonando enseñanzas sociales fundamentales, para apegarse sólo a los conocimientos que demanda el omnipresente mercado que promueve las competencias más que el desarrollo de habilidades, el aprender más que el saber, la obediencia no la iniciati-

va, la ejecución más que el diagnóstico, pues no le interesa que los estudiantes aprendan a escribir, gusten de razonar, se enseñen a expresar por escrito lo que piensan, a que recreen e innoven el mundo, lo piensen con el intelecto y lo expresen con la pluma.

En el país la comunicación escrita no es parte de los aprendizajes que proporciona la educación formal. En general, el mexicano alfabetizado puede leer y escribir (deletrear y gabaratear), manejar números, expresar cantidades simbólicamente y comunicarse, pero no consigue (o no sabe cómo) manifestar sus pensamientos, expresar correcta o adecuadamente sus conocimientos por escrito en los diversos géneros textuales universitarios.

Esta es una de las explicaciones del por qué en México las instituciones de educación superior cuentan con miles de egresados que culminan sus estudios pero no logran titularse a través de un trabajo documental (o de campo) tipo tesis (o similares). Las instituciones de educación superior no educan (sólo algunas se preocupan) para que sus discentes aprendan a investigar y a saber escribir. En la actualidad, las destrezas de indagación y el ejercicio de la redacción ya no son parte de la formación básica profesional.

Escribir no es fácil, pero tampoco es imposible, o tan sólo asunto de unos cuantos intelectuales iluminados con el "don" de la palabra escrita. Redactar tiene sus implicaciones, como pensar antes de hacerlo, de ahí la dificultad. Escribir consiste en construir *significados con palabras*. La escritura es como un camino que no tiene fin; un trayecto siempre por hacerse, por descubrirse o renovarse; un sendero por

donde andar, desandar y desanudar, por hacerse, deshacerse y rehacerse. Como en las verdaderas campiranas, no es posible decir dónde y cuándo –o cómo– termina.

Sin un punto de partida, o uno de llegada, la escritura traza su propio sendero, a la manera como traza el viento surcos sobre las arenas del desierto, o como dibuja el amante el cuerpo escultural que imagina, una y otra vez, travesía sin fin siempre esperada, renovada y soñada, del ser amado.

Opinar con la pluma en la mano (o con los dedos en las teclas) puede hacerlo casi todo el mundo más o menos confusamente. Describir con cierta precisión, con claridad e inteligibilidad cualquier cosa –un árbol, un tema, un acontecimiento social, un período histórico, algún asunto filosófico– dándole *sentido, tono, ritmo, nivel, calor, color, sabor y significado a las palabras*, es mucho más difícil por los procesos que implica la habilidad de la expresión escrita.

Expresarse por escrito conlleva el dominio de una caligrafía clara, dejar los espacios necesarios entre palabra y palabra, aplicar correctamente las reglas gramaticales que comparten los miembros de una comunidad lingüística; la facultad de la reflexión, la memoria y la creatividad; saber seleccionar información para el texto, planificar su estructura, crear y desarrollar ideas, buscar un lenguaje compartido por el lector. Esto es, dominar las reglas ortográficas (acentos, consonantismo...), sintácticas (concordancia, orden de las palabras...) y léxicas (significados precisos, genuinos...) establecidas. Sin las nociones de adecuación, de coherencia e, incluso de disposición en el espacio, un escritor será incapaz de componer un texto comunicativo.

De ahí que la composición de algún texto implique saber y saber hacer: conocimiento del tema y habilidad para expresarlo por escrito (conocer las reglas de la lengua en que se escribe: gramática, ortografía, morfosintaxis...), los mecanismos de cohesión del texto (enlaces, puntuación, referencias...), las diversas formas de coherencia según el tipo de texto (la estructura general, las informaciones relevantes...), la variedad y el registro adecuados (la diversidad sociolingüística de la lengua) e, incluso, las sutiles convenciones sobre la disposición espa-

cial de los textos (los márgenes, los espacios en blanco...).

El conocimiento y dominio de todo ello conlleva a la adquisición satisfactoria del *código escrito* –es lo blanco y lo negro, lo luminoso y lo tenebroso, lo dulce y lo amargo, lo exquisito y lo desastroso, lo placentero y lo desagradable del escribir. Es el reto a superar. Es como buscar hacer realidad un hermoso sueño que nos ha causado tantos desvelos al escaparse y no dejarse aprehender para convertirlo en realidad. Es describir con palabras las imágenes que nos llegan repentinamente y no se pueden atrapar a capricho, como el viento o como la espuma que se nos fugan irremediabilmente de las manos.

Además, para componer un texto comunicativo se tiene que pensar en los lectores, lo que saben sobre el tema, dónde leerán el escrito, cuándo lo leerán; luego sigue el proceso de generación de las ideas, su ordenamiento para planificar la estructura del texto. Para alcanzar la versión definitiva del escrito se tendrán que redactar varios borradores que se tienen que revisar y corregir más de una vez. Para hacerlo, hay que acostumbrarse a releer y a repasar cada fragmento que se escribe –recuerde que siempre habrá algo que alisar, afinar, teñir o borrar. En síntesis, se debe desarrollar un buen *proceso de composición* que le permita producir textos con los signos y las reglas de la escritura.

Reglas que se aprenden mediante la lectura (obligada o elegida), la memorización de textos escritos (novelas, leyendas, fábulas, cuentos), el estudio de las reglas gramaticales, la transcripción de fragmentos de textos que nos gustan (pensamientos, poemas) y a través del ejercicio frecuente de la escritura. Las reglas las aprendemos codificando o descodificando: leyendo o escribiendo. No se conoce, hasta ahora, otra manera de hacerlo –difícilmente se nace con el don de la escritura, o con la inspiración desparramada a torrentes, cual lluvia veraniega tropical o nevada invernal.

El código no nace con nosotros almacenado en el cerebro, listo para expresarse espontáneamente en cualquier momento en el papel o en el monitor, sino que lo aprendemos del exterior. Podemos tener o no una capacidad innata para adquirirlo, una inclinación más o menos natural hacia la escritura, pero los conocimien-

tos lingüísticos vienen de afuera: de la lectura y la comprensión de textos, de la memorización y la reflexión de fragmentos literarios, de la copia y los resúmenes, de tomar notas con nuestras palabras y comentarlas al margen, del estudio de las reglas gramaticales, de la comprensión oral...

Sin embargo, adquirir el código escrito no significa solamente aprender la correspondencia entre el sonido y la grafía, sino aprender un código nuevo, sustancialmente distinto del verbal; pero la enseñanza del lenguaje simbólico no suele ser tan sencillo.

Toda lengua consta básicamente de tres partes: fonética y ortografía, morfología y sintaxis y léxico. Estos tres requisitos nos permiten formar oraciones aceptables, sólo en parte, pues el otro aspecto implicado son las reglas de la elaboración textual: la *adecuación*, la *coherencia* y la *cohesión*.

Un escritor competente adquiere satisfactoriamente el código y desarrolla procesos eficientes de composición del texto. Estos componentes y estrategias le permiten resolver con éxito las situaciones de comunicación escrita en que participa: producir un texto coherente y eficiente.

Desde luego que puede haber quien haya aprendido el código y tenga problemas para escribir, por no haber desarrollado las estrategias apropiadas para utilizar los conocimientos que posee de la lengua escrita en una situación concreta, por ello fracasan en la producción de textos. Conocen la fisonomía y la estructura de la prosa escrita, pero no tienen las estrategias necesarias (el dominio del arte) para construirla. Un típico ejemplo son los individuos que escriben tal y como hablan: escriben las cosas sólo de una vez, y para siempre, porque no saben (o no les gusta pensar) que pueden corregirlas y rehacerlas tantas veces como sea conveniente y necesario. Creen que los textos escritos se generan espontáneamente, como los textos orales —o los discursos ideológico/políticos o doctrinarios/panfletarios.

También hay quien domina la estrategia de composición de textos, sin haber adquirido el código de la escritura. Puede tratarse de personas que han desarrollado habilidades de

composición de distintas maneras, sin intervención del código: con instrucción programada, trasladando destrezas de otros campos (dibujo, artes gráficas, elaboración de proyectos) con la práctica. Son, sin dudarlo, los menos.

Por lo general, al desconocerse el código de la escritura, los trabajos que se elaboran tienen diversas deficiencias, las comunes son: faltas de ortografía, fallas gramaticales, deficiencias de cohesión textual, empleo de palabras con significados imprecisos (o no compartidos entre autor y lector), estructuración poco ordenada, palabras aisladas, pronombres desligados, pérdidas de referentes, ausencia o mala utilización de la puntuación... ¿Qué se puede hacer para perfeccionar tales faltas?

¿Cuál es el significado social de saber o desconocer la composición de géneros textuales por escrito? ¿Es tan sólo un asunto intrascendente, que a pocos les puede importar? ¿Acaso es una simple manía de profesores para molestar, para hacerles ver su suerte a los estudiantes ágrafos, o es cuestión de los escritores, poetas, novelistas o literatos que se regocijan y se ensañan con los que no saben cómo escribir? ¿Cuál es la trascendencia de todo ello? Buscar explicaciones, expresar una opinión al respecto es el propósito de la presente composición textual, que intenta recrear algunas de las causas y de las consecuencias sociales que implican que estudiantes (y profesores) no escriban; así como señalar algunos de los elementos que integran la escritura.

*La escritura está hecha del mismo material del que están hechos los sueños.*

*Se escribe con la pluma lo que dictan cerebro y corazón.*

#### La realidad educacional

El sistema de educación superior cumple a medias varias de sus funciones básicas, ya que la mayoría de sus egresados, después de más de quince años de estancia en las aulas, no logran aprender las reglas y las técnicas metodológicas de la investigación y la escritura, razón por la cual carecen de la posibilidad de poder expresar por escrito sus pensamientos y sus conocimientos, por lo que bastantes no logran titularse a través de algún trabajo especializado tipo tesis.

Estudios recientes indican que cerca del 80% de los egresados de las instituciones de educación superior pública concluyen sus carreras sin haber logrado aprender cómo escribir, cómo organizar y redactar sus tesis: de ahí que no logren titularse a través de dicho medio. Y si quienes finalizan en las instituciones privadas se titulan, no lo hacen fundamentalmente por medio de la tesis, ya que en la mayoría de los casos el requisito es inexistente (o se cuenta con cursos pagados ex profeso); es decir, en cuanto los estudiantes terminan su último curso obtienen el diploma, por eso es que hay menos pasantes en los establecimientos particulares.<sup>1</sup> En ambas situaciones, sin embargo, quien pierde es la nación y triunfa la sinrazón y desazón que impera en el sistema educativo nacional.

Para muestra de lo que pierde el país baste citar la evaluación internacional en la que participaron alumnos de educación básica y en la cual México quedó reprobado al ocupar sus alumnos los cuatro últimos lugares y dos penúltimos en el ranking mundial de 40 países. Realizada en 1995 por la Asociación Internacional para la Evaluación del Logro Educativo, los estudiantes mexicanos de primero de secundaria obtuvieron en matemáticas el último lugar entre 28 países participantes: los alumnos que representaron a México obtuvieron 375 aciertos frente a 483, que fue el promedio internacional.

Ante los alumnos de las naciones más aplicadas, el contraste fue mayor. Singapur, el primer lugar, obtuvo en matemáticas 604 aciertos, Corea del Sur quedó en segundo con 583 y Japón, en tercero con 574.

En el examen de matemáticas para segundo de secundaria, los mexicanos se quedaron a 115 aciertos de distancia del promedio internacional. Ubicados en el sitio 26 de un total de 26 países, los resultados de México sumaron 398 aciertos, frente a los 513 de la media.

En la evaluación del aprendizaje de ciencias, los alumnos de tercer grado de primaria colocaron a México en el lugar 16 dentro de los 17 países comparados, sólo arriba de la República Islámica de Irán. La media internacional reportó que los niños evaluados lograban resolver acertadamente en promedio 470 problemas, pero los mexicanos sólo cubrieron un total de 362. Los alumnos del cuarto grado de primaria quedaron en el penúltimo lugar de un total de 18, también arriba de Irán.<sup>2</sup>

Desde luego que la baja calificación de los alumnos de México en el aprendizaje de las matemáticas y las ciencias no sólo los implica a ellos en lo individual, es más bien una expresión, un reflejo del desinterés de las administraciones educativas pasadas y actuales por la educación y la expresión de la crisis en que se encuentra el "modelo educativo mexicano de vanguardia" basado en la calidad, la cobertura, la equidad y la pertenencia.<sup>3</sup>

De ahí la importancia de que si los estudiantes de universidades públicas y privadas realizaran investigaciones e hicieran tesis, indudablemente estarían en mejores condiciones para las evaluaciones internacionales y para ingresar a los estudios de postgrado, donde es un requisito la elaboración de un proyecto de investigación que tiene que ser desarrollado y concluido a lo largo de la especialización profesional. Al no hacerse indagaciones ni trabajos por escrito en muchas de las instituciones de educación superior, los estudiantes egresan como profesionista ágrafos, en un mundo donde la información es la moneda de curso legal y corriente,<sup>4</sup> que demanda no sólo hablantes minusválidos de la

<sup>1</sup> Garza Almanza, Victoriano "La comunicación escrita en México: la influencia de Cantinflas y Cervantes entre los profesionistas". Lunes en la ciencia *La Jornada*, núm. 184, p. 1, 9 de julio de 2001

<sup>2</sup> En el citado estudio fueron calificados 17 países en el nivel primaria y 28 en el de secundaria, y al parecer los resultados son confiables sobre la situación del aprovechamiento educativo en el mundo. *Reforma*, p.1, 15 de octubre de 2001.

<sup>3</sup> Para la UNESCO, en cambio, los pilares del conocimiento escolar deben ser: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. Delors, Jacques, et. al. *La educación encierra un tesoro*. México, UNESCO, 1997.

<sup>4</sup> En la segunda mitad del siglo XX hubo un incremento exponencial en la generación de información. Por el conocimiento científico se ha desarrollado una gran cantidad de tecnologías, algunas como la computación y el Internet han tenido un impacto social decisivo.

palabra escrita, sino también redactores para la divulgación e impulso científico.

Al estarse abandonando conscientemente tales aprendizajes, la educación superior entra en un callejón sin salida y se mueve en una contradicción que, sin embargo, sirve para expresar las verdaderas intenciones del actual sistema educativo dominado por las medidas neoliberales de privatización, desregulación y orientación por el mercado. Mientras, por un lado, habla de lograr una educación de calidad, de desarrollar en los alumnos habilidades de competitividad, de saber expresarse por escrito, de saber leer y escribir en varias lenguas, de saber tomar la palabra, de saber defender el punto de vista personal y argumentarlo, de saber escuchar y tener en cuenta el punto de vista del otro, de saber leer esquemas, gráficas, tablas, de formar profesionistas con hábitos de pericia en buscar, con capacidad para pensar, con destrezas en comunicar, con agilidad en cooperar, con experiencia para emprender y soltura en adaptarse, de relacionar los acontecimientos pasados con los presentes, de responsabilizarse de la propia formación, de investigar distintas fuentes de datos, de cuestionar el entorno, de saber resolver problemas, de saber organizar y clasificar documentos..., de formar, en pocas palabras, múltiples competencias; por otro lado, la educación abandona la investigación y la enseñanza de alguna metodología y técnica apropiada para asimilar la indagación y la redacción, especializándose sólo en la formación de profesionistas aptos para las habilidades que demanda el mercado laboral.

La política neoliberal le ha declarado la guerra a la Universidad moderna y a una de sus funciones sustantivas, la investigación en libertad. Lo mismo que a su personal docente y a los estudiantes, al pretender alejar la labor universitaria de las necesidades sociales nacionales, dirigiéndolas al servicio del aparato corporativo, fundamentalmente dominado por el capital extranjero.

Las instituciones de educación superior públicas padecen ataques sistemáticos en sus fundamentos y en su tradición de libertad de cátedra y de investigación desinteresada, fundamento del concepto humanista de la universidad clásica decimonónica. Se atenta contra la visión crítica que todo egresado debe tener,

contra los fundamentos del conocimiento científico general, enfatizándose en aprendizajes marcadamente prácticos y aplicativos, en la formación en "función de las fuerzas del mercado".<sup>5</sup>

El propósito es hacer de la educación superior algo completamente autofinanciable, rentable, competitivo, generador de valor agregado (de capital humano), despojando de paso a la población de la educación pública, gratuita, democrática y crítica.

De ahí que sean pocas las licenciaturas que aún contienen en sus programas de estudio materias relacionadas con la investigación y la redacción —que pueden ser obligatorias u optativas. En la mayoría de las carreras la práctica es que se pida a los alumnos que hagan tan sólo resúmenes, que realicen controles de lectura, fichas textuales o algo parecido, pero no verdaderos trabajos de investigación que ayuden al discente a pensar, a reflexionar con cabeza propia y a expresar por escrito sus ideas, sus aprendizajes. En consecuencia, la función de las instituciones se queda a medias, con una formación cognitiva trunca, de poca trascendencia científica elocuente.

Con excepción de carreras como medicina, donde es una exigencia laboral el título y hay un determinado control para su ejercicio legal, en

<sup>5</sup> "El determinismo del mercado libre se apoya en privado o público en la zona catastrófica de la educación. Entre los jóvenes de las universidades públicas privan el desaliento, la desesperanza, la apatía, todo lo derivado de la gran certidumbre el futuro conocido o previsible ya no nos acompaña. Se evaporó lo todavía prevalectante en 1970: la mística de las oportunidades al alcance, el alborozo que ansiaba transformar la totalidad que no otra cosa es la utopía. En vez del sueño de la movilidad social, la comprobación del ascenso sin interrupciones: el de los jóvenes de las universidades privadas, la élite garantizada de los gobiernos y las finanzas, los beneficiarios directos de la historia (que según se dice ya no ocurre). Los egresados de las universidades públicas, expulsados del 'ritmo de la nación', ya no confían siquiera en el camino tradicional del oportunismo y asumen el desencanto y la frustración." Monsiváis, Carlos. *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. (colección argumentos), p. 252, España, Anagrama, 2000

la mayoría de las profesiones para contratarse asalariadamente se les puede eximir del título –o poco les puede importar a los empleadores. Por ello suele haber pasantes universitarios laborando, y que bien les sirven como política de contracción salarial a las empresas, al ahorrarse en los ya de por sí menguados ingresos profesionales.

Si no hacen tesis y tampoco se les enseña a investigar ni a escribir, a la hora de terminar la carrera (donde aún prevalece la elaboración de tesis) a los egresados se les complica la culminación, puesto que el asunto de la tesis se convierte en un obstáculo y en una desventaja que habrán de superar en la práctica, amén que desistan de la titulación. Muy “congruentes” con las carencias formativas, las autoridades de varias universidades públicas están optando por eliminar la tesis como el único requisito de titulación –para de paso hacer de ello un buen negocio al cobrar miles de pesos a los estudiantes que son orientados a cursos especiales de titulación. Empero, a quienes opten por estudiar postgrado con reconocimiento oficial de excelencia académica la situación se les tornará en un valladar, en un dolor de cabeza de no tan fácil solución, pues tienen que ensayar en la práctica a hacer un proyecto de investigación.

Si a todo lo anterior le agregamos la manera tradicional de enseñar, que consiste en:

- a) La dinámica de clase se basa en la transmisión verbal de contenidos sin conexión directa con la realidad.
- b) Los contenidos son absolutos, verdaderos, establecidos y se organizan de manera acumulativa y disciplinar.
- c) Apropiarse de contenidos sin interpretación y alteración personal.
- d) Aprender de manera homogénea y estandarizada.

Y la manía de maestros que leen las redacciones sabiendo que habrá errores que señalar (y casi buscándolos), tachándolos y adjuntando la solución correcta al lado (frustrando el posible descubrimiento escolar de la palabra escrita), tendremos así un cuadro más completo de la realidad educacional, que hace del alumno un ser pasivo, con muy poca responsabilidad en el proceso educativo por ser el maestro quien decide qué se escribe, cuándo se escribe y

cómo se hará. Lo que convierte al educando en un abnegado y obediente seguidor de las indicaciones institucionales. Con lo que escribir deja de ser una iniciativa personal creativa para convertirse en algo ajeno, determinado, en una obligación escolar más, pesada, aburrida, en un “rollo” que cumplir.

*Dime y olvidaré  
Enseñame y recordaré  
Involúcrame y aprenderé  
Hazte a un lado y actuaré*

*Proverbio Chino*

En síntesis, no se cursan materias de escritura, no se hacen trabajos con requisitos de cierta estructura de rigurosidad científica, no se enseña a investigar y a escribir sobre temas relacionados con los contenidos de las materias cursadas; no se aprende a reflexionar sobre lo que dicen los autores y la razón del por qué lo dicen como lo dicen. Y aún así hay funcionarios educativos que se quejan amargamente de las deficiencias de los estudiantes que ni leen y ni escriben. Pero la inmensa mayoría de los maestros tampoco tienen la posibilidad de hacerlo. Las formas de contratación, los salarios que se pagan, las cargas de trabajo, la falta de oportunidades para publicar, el no aliento al trabajo de indagación en equipo, en academia, impiden que el maestro investigue, se actualice, se forme profesionalmente como docente y que tenga la oportunidad de escribir.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> “La sacralización de la desigualdad repercute drásticamente en la vida académica y la vida intelectual. Se detiene el crecimiento de la industria editorial, nunca muy satisfactorio, el libro se va convirtiendo en objeto de lujo, y, amparada en el criterio de rentabilidad, la política cultural de los gobiernos vuelve al punto de partida de principio de siglo, cuando se creía devotamente en la incapacidad orgánica del pueblo en materia de cultura. A este desdén lo norman otros factores. Entre ellos: a) la fe de la élite en la desidia innata de las mayorías que, ‘por razones constitutivas’, no son susceptibles de verdadero gusto artístico o de formación literaria e intelectual; b) la separación, según criterios escolares, entre la educación y la cultura, con desastrosas consecuencias en la enseñanza.” Monsiváis, Carlos *Aires de familia*. op. cit., p. 252

## Lectura y comprensión de textos

La mejor forma de aprender a escribir es mediante la lectura. La adquisición del código escrito está asociado directamente con la comprensión lectora, por ser ésta la habilidad lingüística que más se relaciona con la expresión escrita, y por ser la más eficaz. No es un descubrimiento nuevo, desde siempre se ha insistido que la mejor forma de escribir es poniendo atención a lo que se lee, ya que existe una relación directa entre el hábito y el placer por la lectura (novelas, periódicos) y la competencia en la expresión escrita.

La comprensión lectora, la lectura por placer es la actividad más eficiente para adquirir el código. Los buenos escritores son, o han sido, durante un largo período de su vida buenos lectores. Pero la educación actual difícilmente despierta la curiosidad, el aprecio literario, el gusto por la lectura, el amor la pasión y el deseo de aprender. Más bien tiende a esterilizar la sensibilidad, a fumigar la imaginación, a olvidar el placer de jugar con el lenguaje. La cultura de los jóvenes margina la lectura y la literatura. Los alumnos están inmersos en los sonidos y en las imágenes no en lo escrito. Son seducidos por múltiples distracciones y placeres inmediatos (la televisión, los videojuegos...) que no demandan mayor esfuerzo intelectual, alguna iniciativa.

Empero el libro no leído es como una casa sin ventanas: cerrada al exterior. El libro es como una ventana y un puente hacia otros mundos, muchas veces lejanos y diversos del espacio conocido que permiten ver, alcanzar y experimentar, vivir e imaginar otras realidades, otros paisajes otros tiempos, como los "vividos" por Alicia en su jardín de las maravillas. La lectura tiene la virtud de hacer que el hombre que la disfruta salga de sí mismo, que comprenda, que aprehenda y encarne o se vista como su personaje preferido.

También la práctica de la escritura, los cursos de redacción y de expresión oral ayudan, complementan, consolidan la adquisición del código escrito. Sólo que la enseñanza de la lengua es paradigmática. El lenguaje, para la mayoría de los mortales, es un instrumento, un medio de comunicación y una herramienta para hacer cosas, porque se hacen cosas con palabras: hay palabras que hacen sufrir, causan angustia,

dolor, en tanto otras hacen soñar, ilusionan, dan placer, alegría y esperanzas.

La corrección de lo escrito es otra forma de adquirir las habilidades para expresarse por escrito. Cuando se corrigen los borradores o el esquema inicial y se incorporan al texto nuevas informaciones relevantes, sin duda, serán de gran utilidad para la composición textual.

Asimismo, los ejercicios de las reglas gramaticales pueden ser adecuados en la capacitación de la expresión escrita, en el dominio de la ortografía y de la puntuación. Pero, obviamente, la más eficaz es la lectura, que, sin embargo, se ha convertido en uno de los "Talones de Aquiles" del sistema educativo nacional.

En efecto, quienes han egresado de las universidades nacionales y estuvieron en contacto con educación y libros durante 16 o 17 años no son, en general, lectores permanentes pues la educación no logró promover en ellos el gusto, la pasión por la lectura, no permitió despertar su interés, su imaginación y su creatividad.

Según los datos de 1997, el mexicano leía medio libro *per capita* y poseía una escolaridad equivalente al tercer año de primaria —oficialmente se habla de más. Mientras que, por ejemplo, un cubano leía 7 libros *per capita*, con una escolaridad promedio de sexto año.<sup>7</sup>

Los niveles alcanzados en la educación básica, media superior y superior son deficientes para el desarrollo de los educados y de la nación. Varios estudios demuestran que la gran mayoría de los alumnos de distintos niveles escolares, incluida la educación superior, muestran serias limitaciones para la comprensión de textos y dificultades para la expresión oral y escrita.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> En 1989 México tenía 750 librerías abiertas, diez años después, a finales del siglo XX, sólo contaba con 330 librerías generales y especializadas. Para 1997 se estimó que 40 más cerrarían y se calculaba que 128 se declararían en bancarota. *El Financiero*, p. 72, 20 de enero de 1997.

<sup>8</sup> *Educación 2001*, núm. 3, p. 10, agosto de 1995.

Pero tales problemas no parecen preocupar, en los hechos, a la administración foxista que pretende gravar con el 15% a libros, a colegiaturas, a útiles escolares y hasta a los pasajes,<sup>9</sup> lo que sin duda significará un retroceso en la actividad cultural, un serio perjuicio a la educación, en la disminución del número de librerías, en desmotivación para publicar y el aumento incontrolable de la piratería y la "reprografía". El libro que guarda la memoria y la imaginación del hombre no tiene que gravarse, es un bien cultural, no sólo un producto comercial, menos se tiene que recargar en un país con necesidades educativas crecientes, con una población con 50 millones de jóvenes a los que hay que brindarles todas las facilidades para que se acerquen a la lectura, para que aumenten su acervo cultural, para que sea mayor el número de lectores.

Alejar al público de las de por sí pocas posibilidades de lectura y escritura representa un inestimable retroceso, contradice pronunciamientos oficiales "a favor de la educación y el desarrollo cultural" y atenta contra el derecho a la lectura que se reconoce indispensable para los ciudadanos. En vez de gravar los libros se requiere apoyar y aun subsidiar su producción, porque son necesarios más y no menos lectores. Aumentar el acervo de bibliotecas públicas también es indispensable, aunque de ninguna manera aliviaría el impacto de la elevación de

los precios de los libros —ya de por sí inalcanzables para la inmensa mayoría de los estudiantes y los maestros.<sup>10</sup>

Al profesor no se le motiva en su desempeño escolar, más bien se le resta importancia a su profesión, se mella el interés por enseñar de forma que el alumno acuda con agrado a sus estudios y experimente placer por los ambientes áulicos que le motivan a aprender a redactar correctamente. Y al alumno sólo se le llena la cabeza. ¿Qué vale más: una cabeza bien formada o una cabeza bien llena? ¿Alumnos bien formados o estudiantes atiborrados con un poco de todo? El dominio de la palabra escrita, de las matemáticas y el aprendizaje de actitudes como la curiosidad, el placer de aprender, la capacidad analítica, la congruencia argumental les permitirán desarrollar un pensamiento crítico, potenciar su razón. El elemento racional está en todos nuestros comportamientos, forma parte de nuestros mínimos funcionamientos mentales. Los seres humanos somos, ante todo, seres racionales.

*Soy hombre de escritura*

*El texto es mi silencio y mi grito.*

*Mi pensamiento avanza soportado por el vocablo, movido por el ritmo del escrito.*

*Ahí donde pierde el aliento, me derrumbo.<sup>11</sup>*

#### Polenciar la razón de los estudiantes

La razón es un logro social fundado en el uso de la palabra, del lenguaje, de la escritura, de la reflexión. El misterio de la razón o la aparición hace millones de años de la capacidad de pensar, minúscula sin duda en sus inicios, sigue siendo un hecho científicamente inexplicado, pero tuvo como resultado la existencia en nuestro planeta de una especie harto singular: la

<sup>9</sup> El pasado 4 de abril de 2001 se entregó a los legisladores la "Iniciativa de decreto que establece, reforma, adiciona y deroga diversas disposiciones fiscales". El documento contiene una nueva ley de impuesto sobre la renta (ISR), una nueva ley de impuesto al valor agregado (IVA) y otra serie de cambios para adecuar la normatividad fiscal a los objetivos políticos de la presente administración neoliberal pro empresarial. Esta iniciativa forma parte de la "nueva hacienda pública distributiva" que, además del nuevo marco tributario, incluiría una reforma presupuestaria y una reforma financiera. Entre las medidas más criticadas están la eliminación del "régimen preferencial" del ISR del que disfrutaban los sectores: primario, de autotransportes y los editores de libros, así como la eliminación de la tasa cero del IVA en alimentos, medicinas, libros y colegiaturas. En caso de aprobarse, estas medidas tendrán una importante repercusión negativa en el gasto educativo de las familias.

<sup>10</sup> "Mensaje a los pobres de los gobiernos y de gran parte de los sectores ilustrados: oh tú, pueblo, si no lees a los clásicos, si no te apasionan los fauves y los expresionistas, si no estás al día en materia de vanguardias estéticas, es porque así lo quieres, tu desidia es indiferencia culpable ante las obras del espíritu. Otra vez, la responsabilidad es sólo de las víctimas..." Monsiváis, Carlos. *Aires de familia*. op. cit., p. 253.

<sup>11</sup> Jabes, Edmond. *Ibid.*

humana. La racionalidad, por imperfecta que sea, confiere a la humanidad un privilegio único en el mundo de los seres vivos, a saber, su historicidad o capacidad de contar por escrito su historia.

El ser humano actual discente, es un ser civilizado al grado sumo de la mundialización finisecular que tendrá que entenderse con máquinas muy complejas, usar registros diferentes, quizá no disfrutará de estabilidad en el desempeño laboral sino que tendrá que cambiar de puestos laborales que impliquen diversos conocimientos. Y el conocimiento es reflexión sobre la información (visual, oral y escrita), capacidad de discernimiento, discriminación y crítica respecto a la información que se tiene, cualidad de jerarquizar, de ordenar, de relacionar, de maximizar la información.<sup>12</sup>

Una característica de la razón es que sirve para que los estudiantes sean autónomos. Los seres racionales son más autónomos que quienes no han desarrollado su capacidad racional. Autonomía no quiere decir aislamiento, insolidaridad, solipsismo, la independencia sirve, más bien, para saber elegir entre opciones, para elaborar trabajos por iniciativa y criterios propios.

La autonomía del ser humano es fundamental, pues permite el desarrollo de la razón. No desarrollar la razón nos hace dependientes de otros. De modo que *educar para la razón es educar para la autonomía, la independencia y la libertad*. Hay que propiciar a través del aprendizaje para que los demás puedan prescindir de otros. No hay peor educador que el que se hace imprescindible toda la vida: el que sigue siendo maestro siempre, no por veneración a su persona o a su saber, sino porque se hace imprescindible, es decir, porque el tema que domina, la

materia que explica está tan vinculada a su persona que él no puede separarse de ella (como *Quino* de Mafalda o la *Familia Burrón* de Gabriel Vargas) y porque los demás nunca acceden al conocimiento sin tener a esa persona que les guíe y les ilumine. El gurú es lo contrario del buen maestro.

Evidentemente la razón no puede dar cuenta absolutamente de todo, tiene unos límites, de hecho, ni siquiera sabemos por qué la razón puede comprender algo. Lo más incomprensible de la naturaleza es que nosotros podamos, al menos en parte, descifrarla. Probablemente la comprendemos porque somos parte de ella. El hecho de que realmente entendamos algo es complejo, pero es así. La necesidad de pensar y de razonar es evidentemente fatigoso porque la razón no da saltos, no tiene atajos, es decir, siempre se desarrolla a partir del trabajo, del estudio, de la reflexión, de la reiteración, de la escritura. El raciocinio no tiene visión intuitiva de la realidad de las cosas.

Empero el proceso educativo actual ha dejado de lado conocimientos, aptitudes y actitudes que se deberían enseñar y desarrollar en las aulas como: la habilidad para razonar, para comunicarse efectivamente en forma oral y escrita, lo que supone capacidad para expresar sentimientos y comprender mensajes, dominio del lenguaje lógico-simbólico, formación básica en literatura y sus expresiones artísticas (música, plástica...), estudio de las ciencias humanas y sociales desde una perspectiva integradora situándolas en el tiempo y en el espacio, conocimientos básicos en las ciencias naturales, incluidas aquellas relacionadas con el medio ambiente, familiarización suficiente con las computadoras y con las tecnologías relacionadas con la búsqueda y utilización de la información, habilidad para definir problemas y para encontrar soluciones creativas haciendo uso de todo el conocimiento y la información producida por las diferentes disciplinas, desarrollo de actitudes y aptitudes hacia la solidaridad, cooperación, interdependencia y al trabajo en equipo.

En fin, la educación no logra motivar, seducir, despertar el interés por el saber, la pasión por descubrir, el placer y la disciplina por la escritura. Los aprendices en formación no logran construir sus saberes ni adquirir competencias certificadas eficientemente. No dejan huella escrita

<sup>12</sup> La tecnología evoluciona constantemente, y la única manera de contender con el cambio es tener la capacidad de adaptación y estar actualizado. La actualización es obligada. El profesional de nuestra época no termina su preparación al recibir un grado de licenciatura o al concluir un postgrado, sino que requiere seguir estudiando toda su vida. El alto nivel de especialización exigida por el mercado de trabajo obliga a la colaboración con otros profesionales. Para ello es indispensable tener una preparación multidisciplinaria que facilite la interacción.

(si acaso toman apuntes), no se interesan en el registro de la lengua (si acaso en los modos de hablar), no producen textos (a lo sumo redactan), no emiten discursos (sólo hablan y hablan y bla, bla, bla a la hora de clases), hacen del "aprendizaje significativo" del salón de clases un círculo rutinario y ordinario. Los alumnos viven en su mundo ajenos a la lectura y la escritura, a las teorías pedagógicas y su eterno "debate doctrinario" de qué enseñar, cómo educar, cuándo instruir y cuáles contenidos elegir (¿los útiles? en el sentido inmediato o temas que sirven para aprender otros); en tanto los maestros se basan en el conocimiento práctico experimentado que se produce y aprende en las aulas y en la sensatez. Cuando la teoría no acierta a dar respuestas "científicas" (pese a la abundancia de soluciones teóricas propuestas por especialistas) al desinterés de los aprendices, la experiencia de los buenos maestros salva la tarea educativa.

*Leo y releo el libro que voy a escribir.  
A quien enseña la certeza, no le reproches el método sino la afirmación.  
Toda palabra tiene como destino otra palabra.  
El poeta encuentra; el sabio redescubre.*<sup>13</sup>

La lectura de los mexicanos: por su estudio los conocerás

¿Leemos los mexicanos? Sí, medio libro en promedio anual. ¿Qué leemos? En primer lugar libros esotéricos, en segundo lugar ejemplares de autoayuda y en tercer lugar (aunque en primerísimo por la cantidad) las historietas erotizadas. Esto es, los mexicanos nos mantenemos fuera de la lectura de libros y también alejados de las bibliotecas públicas.<sup>14</sup>

Investigadores de la Universidad de Colima realizaron en 1993 una encuesta en 3 mil 331 hogares de 34 ciudades mexicanas de más de 100 mil habitantes. En el 36% de los hogares encontraron cuando menos a un universitario. Pero de los universitarios, el 22% no había comprado un solo libro en los últimos 12 meses, el 39% nunca había estado en una biblioteca pública y el 50% tenía en su casa cuando mucho 30 libros.

En 1996 el diario *Reforma* realizó una encuesta en la ciudad de México entre 800 personas mayores de 15 años, de todos los niveles de ingreso. De los indagados el 71% no estaba leyendo un libro, y del 29% restante Carlos Cuauhtémoc Sánchez fue el autor más leído.<sup>15</sup>

Estudios similares de 1998 realizados por la revista *Educación 2001* (que encuestó a profesores de educación básica) arrojan datos muy parecidos: los libros más leídos por los maestros son esotéricos y los de autoayuda.<sup>16</sup> Es sin duda un complot industrial contra los pocos lectores y un peligro social de continuar dicha tendencia. En vez de que las autoridades se preocupen porque haya más diversidad de libros, la industria editorial se interesa sólo por los autores y los títulos que busca convertir en éxito comercial. Las editoriales menosprecian la edición de libros para el conocimiento, inundando el mercado con libros "inolvidables", libros de venta probada pero que no aportan nada socialmente.

<sup>13</sup> Jabes, Edmond *Du désert au livre* Francia, Editions Pierre Belfond, 1980

<sup>14</sup> Según datos del Inegi, más del 80% de los mexicanos nunca han visitado una biblioteca pública en un año. Quienes más asisten son los escolares de educación básica enviados por sus maestros para consultar algún texto escolar útil para hacer la tarea. De tal manera que no es casual que el 90% de los libros sean de texto y que los lectores no lean por gusto sino por obligación, lo que difícilmente los convertirá en asiduos lectores o despertará en ellos el interés por la lectura. *El Financiero*, p. 56. 25 de septiembre de 2001

<sup>15</sup> Zaid Gabriel. "Primeros resultados de la consulta cultural." *Letras libres*, pp. 26-28, noviembre, 2000

<sup>16</sup> Tales compendios son manuales de carácter psicológico que ofrecen respuestas concretas, sencillas, fáciles de leer y entender, para uso e interpretación personal, que tratan de responder a dificultades y problemas humanos en aspectos como la identidad, la motivación, la inteligencia, el aprendizaje, la memoria, la vida sexual, la personalidad, el amor, las emociones, las relaciones conyugales, las pasiones, las relaciones interpersonales, la angustia, los complejos, las relaciones de padres e hijos, el sueño, la vigilia. Son libros hechos (pensados) para venderse, no necesariamente para aprender, por su subjetividad, sermones y consejos. Tienen un eminente y único sentido mercantil. Son libros concebidos como negocio para explotar inquietudes momentáneas, eventos políticos, miedos o actitudes de moda.

Más recientemente el Consejo Nacional de Cultura encargó a Alducin y Asociados una encuesta sobre cultura nacional, cuyos resultados confirman lo ya expresado: los mexicanos leemos poco, elegimos la lectura de acuerdo con lo que anuncian los medios electrónicos y lo que leemos no siempre es lo mejor. Los resultados de la encuesta indican que tres de cada diez mexicanos no acostumbran pasar la vista ni siquiera en los paquetes o cajas que abren y traen instructivos (no leen fechas de caducidad o los instructivos de uso), el 36% lee una o dos horas por semana, el 22% lee de 3 a 6 horas en el lapso, el 9% de 7 a 15 horas, el 2.1% de 16 a 20 horas, sólo el 0.5% lee más de 20 horas a la semana; el 30.4% restante no acostumbra leer.

Los libros más populares de los mexicanos en el año 2000 fueron: *Juventud en éxtasis*, *El Principito*, *Volar sobre el pantano*, *El Caballo de Trolla*, *Un grito desesperado*, *Cien años de soledad*, *El Capital*, *Crítica de la economía política*, *La Biblia*, *El Diario de Ana Frank* y *El llano en llamas*. El autor preferido fue Cuauhtémoc Sánchez, que colocó tres de sus manuales en la preferencia de los lectores jóvenes y no tan mozuelos.<sup>17</sup> ¿(Es) mejor (que) no leer nada? Ganamos, perdemos o quedamos igual en el aspecto cultural leyendo este tipo de obras?

Para satisfacer estas demandas los editores comerciales han modificado completamente la naturaleza de lo que publican. Todo su sistema se basa en los *best-sellers* y en anticipos pagados a los autores que necesitan para enganchar lectores. Empero, en los cambios actuales lo que está en juego es la naturaleza misma de los libros publicados. Las grandes compañías cinematográficas, por ejemplo, empiezan a publicar libros y a obtener sustanciales ganancias con títulos tomados de sus películas de éxito. La Disney Corporation fundó en 1990 su propia editorial, Hyperion, para publicar sus triunfos comerciales de taquilla.<sup>18</sup>

Pero lo que más leemos los mexicanos son las historietas de picaresca erótica narrativa tipo *Juan charrasqueado*, *Kalimán*, *Memín pinguín*, *El libro vaquero*, *La Familia Burrón*, *Los Superlocos*, *El Payo*, *El monje loco*, *Yesenia*, *Rarotonga*. Se estima que en 1985 se imprimían alrededor de 500 millones anuales de historietas en el país. Tomando en cuenta que cada ejemplar era leído en promedio por 4 personas, resultan cerca de 2 mil millones de lectores anuales. Descontando los millones de tirajes de los libros de texto gratuito, a la historieta sólo le hacían cierta competencia cuantitativa diarios deportivos como *Esto* y *la Afición*, así como revistas sensacionalistas tipo *Alarma*, que imprimía un millón 200 mil ejemplares a la semana. Pero a la historieta (la más leída en la historia mexicana) no se le identifica como producto cultural sino contracultural y moralmente dañina a los mexicanos (con la excepción, tal vez, de la *Familia Burrón*).<sup>19</sup>

Sin duda, con este tipo de lecturas siguen prevaleciendo el analfabetismo rural y el urbano (para vergüenza de los gobernantes) y el universitario (para vergüenza de las instituciones de educación superior); empero, afortunadamente, crece una pequeña multitud que lee, escribe, organiza talleres literarios, pinta, va a exposiciones, ve los canales culturales, gusta del buen cine, toca algún instrumento, actúa, dirige, participa en conferencias y mesas redondas, investiga, da clases, tiene empleos culturales y, desde luego, no se identifica con los lectores de Cuauhtémoc Sánchez.

Pero los asientos vacíos en las funciones culturales, los libros no leídos en las bibliotecas y las bodegas editoriales, las exposiciones, monumentos y sitios arqueológicos no visitados, los cursos y concursos no aprovechados, las becas ignoradas, los archivos no consultados... ofrecen oportunidades desconocidas para muchos que se tienen que aprovechar.

<sup>17</sup> "Cultura y vida cotidiana." *Nexos*, núm. 285, p. 99, septiembre de 2001.

<sup>18</sup> Schffrin, André "La edición sin editores.", *La Jornada*, p. 2a, 10 de septiembre, 2001

<sup>19</sup> Bartra, Armando. Catálogo de la historieta mexicana del siglo XX. CD-Rom. México, INAH-Universidad de Colima, 2001.

*Dime qué lees y te diré quien eres,  
Dime para qué lees y te diré qué desaprovechas.*

*Primero leer y después escribir, o  
antes escribir, después vivir.  
Ambas cosas pueden ser un gozo o un tormento.*

*En el principio era el verbo,  
¿Después fue la escritura?*

### Mirar es más fácil que leer

Empieza a predominar en los educandos una mentalidad no analítica que dificulta enormemente la escritura. Prevalecen el dominio del oído y la visión no alfabética vinculada con la lectura. Y no es que los alumnos de ahora sean menos inteligentes que los de antes (de hecho el coeficiente intelectual está aumentando), sino que están desarrollando otro tipo de inteligencia, más elemental y simplificada (virtual), relacionada con el hecho de mirar cosas, acontecimientos, escenas, que la escuela aún no ha incorporado ni está preparada para formar parte de los aprendizajes áulicos y curriculares.

La cultura de los jóvenes (la memoria colectiva), está cada vez más alejada de la escuela, y en la "sociedad de la información" la institución docente ya no tiene su monopolio, de modo que el hecho de que los jóvenes de hoy reciban aproximadamente el 70% de la información de medios distintos a los establecimiento escolares, ha quitado a éstos buena parte de su protagonismo y poder (si antes se decía que mi maestro me enseñó tal cosa... ahora bien se puede decir que en la tele aprendí que...) y ha variado su aparato perceptivo —ahora audiovisual, sobre todo, por contraposición al abstracto-perceptivo que predominaba en la era de la radio, el libro y el periódico— de modo que los valores, vigencias sociales y predilecciones son cada vez más diferentes y divergentes de los de sus profesores.

Frente a tales circunstancias de alumnos autodidactas o digitalmente informados y visualmente formados en aprendizajes con cada vez menos comunicación y escritura, lo que es una transmisión de mensajes mediáticos, por lo que el acto educativo, la enseñanza adquirida

es solo instrucción —y la esencia de la educación es la comunicación, y la comunicación es a su vez reinterpretación.

La cultura de la imagen plantea el problema de la educación, de los valores, pues la red cibernética y la televisión transmiten múltiples versiones fragmentadas de la realidad, del mundo, con modelos ajenos a las autenticidades de cada país.<sup>20</sup>

El reto, por lo tanto, está en encontrar los medios para recuperar el hábito por la lectura, la escritura y el conocimiento, el aprecio por la escuela y por los libros (porque el discente conozca, aprenda, relacione, sistematice, analice, intuya, verifique, contraste, induzca, deduzca, imagine hipótesis, dialogue, integre gradualmente todo lo que se va aprendiendo...) dentro de un mundo donde la imagen se impone por sobre el pensamiento científico y filosófico.

La televisión se ha convertido en una escuela ideológica, en una institución docente de pensamiento, de acción y de actuación, sin responsabilizarse de ello.<sup>21</sup> La televisión se está convirtiendo en el nuevo oráculo educativo de miles

<sup>20</sup> . Hasta la consolidación del proceso televisivo, los niños y los adolescentes manejan un repertorio fijo de admiraciones: los héroes de las novelas o las películas de aventuras (de Julio Verne y Emilio Salgari al Tarzán de Johnny Weismuller y Errol Flynn), los ídolos deportivos, las estrellas de cine cercanas a la infancia. Luego, aparece la 'interacción' Monsiváis, Carlos. *Aires de...* op. cit., p. 231

<sup>21</sup> "Estamos en el negocio del entretenimiento, de la información, y podemos educar, pero fundamentalmente entretener. México es un país de una clase modesta muy jodida, que no va a salir de jodida. Para la televisión es una obligación llevar diversión a esa gente y sacarla de su triste realidad y de su futuro difícil. La clase media, la media baja, la media alta. Los ricos, como yo, no somos clientes, porque los ricos no compramos ni madre. En pocas palabras, nuestro mercado en este país es muy claro: la clase media popular. La clase exquisita, muy respetable, puede leer libros o *Proceso* para ver qué dice de Televisa. Éstos pueden hacer muchas cosas que les divierten, pero la clase modesta, que es una clase fabulosa y digna, no tiene otra manera de vivir o de tener acceso a una distracción más que la televisión. Ustedes nunca han visto una televisión en la basura, nunca..." Azcárraga Milmo, Emilio. *Proceso*, p. 217, 15 de febrero de 1993, Cit. Monsiváis, Carlos, *Aires de...* op. cit., p. 217

de millones a nivel mundial. Es referente y formadora de criterios y de conciencias. Lo que presenta la pantalla en imágenes son la realidad y la fuente de demostración. Parece evidente que el signo más representativo de nuestro tiempo sea precisamente el consumir signos.

En efecto, el exceso de signos es uno de los rasgos más característicos del mundo actual y hasta es una auténtica patología. La saturación semiótica se ha convertido en uno de los rasgos distintivos del presente, para convertir al universo en consumidor de signos.

Por sus especiales características, este medio representa la abolición de cualquier esfuerzo interpretativo para unas audiencias que son emotivas antes que racionales y quedan fascinadas por un parpadeo hipnótico que deja entrever un discurso fragmentado y carente de sustancia.<sup>22</sup> El consumo de la programación televisiva es fundamentalmente de corte lúdico y hedonista y gira en torno a un deseo visual que se materializa en un consumo a trozos sujeto a la lógica ciega del beneficio mercantil y del reinado de las estadísticas de audiencias.

Cierto es que la nueva sociedad de consumo ha vuelto a los televidentes (y a los cibernautas) adquirentes de entretenimiento. Pocos son los que buscan en los medios de información sabiduría, reglas para aprender el código de la escritura o desafíos a sus conocimientos, en tanto los más se adhieren a programas o archivos de fácil digestión y comodidad. La lógica mercantil ha impuesto que entre menos cosas haya que saber mejor, y si los medios electrónicos facilitan cada vez más el entretenimiento, la búsqueda de información con hacer sólo un clic en el ratón de la computadora o en el control remoto del televisor, que mejor que sea así.

El resultado es que los medios electrónicos han logrado un protagonismo educativo inusitado. Para la educación y la escuela la televisión representa un gran desafío, puesto que las empresas televisivas no reconocen responsabilidad social alguna ante la educación. Y no obstante los diversos esfuerzos realizados en años recientes ("educación para los medios", "tecnología educativa"), la educación y los medios continúan su impulso por separado, divorciados, obedeciendo a dinámicas, metas y objetivos distintos –en algunos casos hasta antagónicos.

El otro ejemplo es Internet, que es más visual y acústico que leíble. Si bien hay una implicación de lectura, pero su uso no es propiamente de estudio.<sup>23</sup> Los archivos de la red se copian, se plagian a diestra y siniestra, se les cambia de "autor", tal vez de letra, se les resume por si acaso (eso lo hace, además, la máquina y el procesador de textos) y se entregan por los alumnos a sus maestros sin que medie la reflexión intelectual del "nuevo autor". Con lo que no aprenden ni comprenden (tal vez sí sorprenden a su profesor), y sólo cumplen con la entrega mecánica, acrítica, técnica de tareas, de trabajos escritos que no les dejan alguna huella de aprendizaje.

Internet y televisión están simplificando el lenguaje de las nuevas generaciones haciéndolo más banal, al concentrarse en los aspectos más superficiales de la experiencia cognitiva. No se había visto que los saberes teóricos y conceptuales, como las matemáticas y la filosofía, se enseñaran mediante imágenes; aunque hay conocimientos que sólo se aprenden a través de la palabra escrita. La simplificación intelectual es señal de un cambio negativo; el tejido de la comunicación entre las generaciones se ha simplificado (ampliado y diferenciado) inmensamente.

<sup>22</sup> "La pantalla casera admite un solo nivel educativo. Para no atribuirle méritos al público y para no discriminar, debe cuidarse el uso del lenguaje al extremo, reduciéndolo a un vocabulario básico, esterilizándolo, volviéndolo 'accesible' y pueril. La televisión, dicen sus propietarios, es para las mayorías, y las mayorías se ahogan guturalmente con las palabras complejas o que conduzcan al diccionario (lugar remoto y hostil al que nadie acudirá)." Monsiváis, Carlos. *Aires de...* op. cit., p. 219.

<sup>23</sup> "... A escala individual, el Internet es el símbolo y la práctica de la globalización... de pertenecer a una cofradía ajena al habitual sentido del tiempo, de manejar por el ciberespacio con la emoción de personajes de Julio Verne..." Monsiváis, Carlos. *Aires de familia...*, op. cit., p. 179.

Al estar frente a las pantallas de computadoras viendo, escuchando o leyendo Internet, no se tiene idea del comienzo, de la estructura, de la extensión, de alguna posdata, de cierta advertencia o del punto final del texto. Como el conocimiento intelectual es más bien explorador que navegador, se sabe al leer páginas impresas (o se determina) por dónde entrar, qué subrayar y en qué detenerse. Con Internet tal recorrido intelectual de la investigación de textos, de bibliotecas y de otros ámbitos del saber se pierde o se modifica por completo. La navegación telemática se hace más a ciegas y a capricho del diseñador de la página web, que según la conveniencia e interés del lector.

Al depender del diseñador y del Internet se pierde el ejercicio de la escritura (con todo y signos),<sup>24</sup> de la reflexión intelectual propia. Y la pérdida de las formas de inteligencia analítica es una forma de abandono de la inteligencia crítica, es decir, de la capacidad de analizar y resolver problemas –independientemente de su complejidad.

La telemática e informática cambian la modalidad del lenguaje, al desplazar las formas textuales estructuradas y precisas por formas genéricas desestructuradas. La cultura se disocia

de la escuela. Se pasa de una cultura que utiliza palabras organizadas en proposiciones a otra que se caracteriza por su vaguedad. Para los jóvenes educandos es mejor tener, recordar o evocar la experiencia que saber como analizarla.

#### El ritmo

Las palabras se conducen como seres caprichosos y autónomos. Siempre dicen "esto y lo otro" y, al mismo tiempo, "aquello y lo de más allá". El pensamiento no se resigna; forzado a usarlas, una y otra vez pretende reducirlas a sus propias leyes; y una y otra vez el lenguaje se rebela y rompe los diques de la sintaxis y del diccionario. Léxico y gramáticas son obras condenadas a no terminarse nunca. El idioma está siempre en movimiento, aunque el hombre, por ocupar el centro del remolino, pocas veces se da cuenta de ese incesante cambiar.<sup>25</sup>

Una vez analizada, a grandes rasgos, la crisis educativa en que se encuentra el país, continuaremos, en el siguiente número de la revista, con las implicaciones que ello tiene para la escritura.

<sup>24</sup> Los signos de puntuación son necesarios en toda escritura, porque sin ellos podría resultar dudoso y oscuro el significado de las cláusulas. Los que se usan en castellano son la coma, el punto y coma, los dos puntos, el punto final, los puntos suspensivos, el principio de interrogación, el fin de interrogación, el principio de admiración, el fin de admiración, el paréntesis, la diéresis o crema, las comillas, el guión, la raya, las dos rayas. La coma, los puntos y parentesis indican las pausas más o menos cortas que en la lectura sirven para dar a conocer el sentido de las frases; la interrogación y la admiración denotan lo que expresan sus nombres, y la segunda, además, queja, énfasis o encarecimiento; la diéresis sirve en unos casos para indicar que la u tiene sonido y en otros se puede emplear para deshacer un diptongo; las comillas señalan las citas, o dan significado especial a las palabras que comprenden; el guión es signo de palabra incompleta; la raya lo es de diálogo, o de separación de palabras, cláusulas o párrafos; las dos rayas solo se usan ya en las copias para denotar los párrafos que en el original van aparte.

<sup>25</sup> Paz, Octavio. *El arco y la lira. El poema. La revelación poética*. Poesía e historia. México, FCE, 7ª reimp., p. 49, 1979.